

# **Antagonismo y hegemonía.**

## **La conflictividad social entre la estructura y el sujeto**

*Antagonism and hegemony. The social conflictivity between structure and subject*

**Guido Galafassi\***

### **Resumen**

El objetivo del artículo es intentar una mirada que permita vislumbrar en la diversidad y complejidad de los procesos de conflicto y dominación los patrones de unidad que los atraviesan al mismo tiempo que las diferencias en la multiplicidad de manifestaciones en tiempo y espacio. Se propone discutir sobre el antagonismo y cómo al plasmarse en dominación se constituyen ambos a partir de la relación dialéctica entre estructura y sujeto. Se parte de nociones claves como lucha de clases y hegemonía y desde una perspectiva dialéctica se las pone en discusión a partir de aportes de Gramsci, Althusser, Thompson y los pensadores de la Escuela de Frankfurt.

### **Palabras Clave:**

### **Abstract**

*The aim of the article is to analyze the diversity and complexity of the processes of conflict and domination. The patterns of unity that cross them is the focus, and at the same time the differences in the multiplicity of manifestations in time and space. The key question is the antagonism and how to translate into domination both are constituted from the dialectical relationship between structure and subject. Class struggle and hegemony are discussed from a dialectical perspective and put into discussion based on contributions from Gramsci, Althusser, Thompson and the thinkers of the Frankfurt School.*

### **Keywords:**

---

\* Profesor Titular UNQ, Investigador Independiente CONICET. Director del GEACH, Grupo de Estudios sobre Acumulación, Conflictos y Hegemonía <<http://theomai.unq.edu.ar/GEACH/Index.htm>>. Roque S. Peña 352, Bernal (1876), Argentina. +54-11-4365-7100 ggalafassi@unq.edu.ar

## Introducción

El conflicto y el antagonismo son indudablemente consustanciales al análisis dialéctico de la realidad, realidad que en una sociedad de clases, y por lo tanto de libertad clasificada (restringida), remite necesariamente a variadas formas de dominación. La discusión y el debate teóricos respecto a cómo caracterizar, interpretar y asignar significado y explicación a la lucha de clases y a los procesos de dominación es constante. De tanto en tanto han surgido intentos de superación, simultáneos o parciales de ciertos “acartonamientos” teóricos. Acartonamientos que se caracterizan, o bien por un análisis sesgadamente economista o por una centralidad casi exclusiva del proletariado como sujeto de la historia, o bien por un énfasis tan profundo en la estructura que los factores culturales y subjetivos quedaban de lado. Las interpretaciones contemporáneas que hacen eje en la acción, la identidad y el sujeto apuntaron, aunque solo como correlato, a estos problemas teóricos de cierto esquematismo estructural marxista. Pero fundamentalmente desplazando toda interpretación dialéctica, para re-enfocar el análisis en términos de la dimensión subjetivo-cultural, caen en un sesgo contrario para al mismo tiempo olvidarse y hasta negar directamente la sustancialidad del proceso antagonico de lucha de clases y dominación.

El desafío es, entonces, articular una perspectiva de análisis dialéctica que supere los reduccionismos de diverso tipo y que permita vislumbrar en la diversidad y complejidad de los procesos de conflicto y dominación los patrones de unidad que los atraviesan al mismo tiempo que las diferencias en la multiplicidad de manifestaciones en tiempo y espacio. La pregunta clave versa entonces sobre ¿qué es el antagonismo y cómo al plasmarse en dominación se constituyen ambos a partir de la relación dialéctica entre estructura y sujeto?

La problemática del sujeto y del proceso cultural de conformación de identidades, experiencias y conciencias, resulta, entonces, fundamental para dotar al estudio de los procesos de antagonismo y dominación de toda su significación. Sujeto y objeto, subjetividad y estructura remiten a dimensiones que coexisten dialécticamente y que ninguna de las dos puede ser entendida sin la otra. Esto obviamente dista de caer en una división dicotómica de la existencia a la cual solo se le estaría adosando la complejidad a partir de plantear la relación dialéctica. En cambio, de lo que se trata es de reconocer la existencia de tensiones a través de las cuales se desarrolla tanto el accionar humano como las relaciones sociales en un entramado que va desde lo fenoménico hasta la totalidad interpelando indispensablemente niveles de abstracción graduales. Estructura y subjetividad ni son dos realidades individualizadas ni tampoco un todo sistémico indiferenciado. Estructura y subjetividad se constituyen en un entramado dialéctico que mantiene en tensión permanente la acción humana y el proceso social. Es así que esta articulación dialéctica se expresa en un proceso de mediación, por cuanto nunca es una relación directa y simple, sino compleja e indirecta,

entrando en juego una cadena diferencial de componentes y momentos en una sucesión histórica que se construye con base en las contradicciones y los fenómenos entrelazados que hacen surgir lo nuevo en una sucesión en espiral retroalimentando a su vez las condiciones de origen y causación de los procesos.

En este sentido, la hegemonía se constituye en una categoría clave en tanto articulación para explicar la dominación, por cuanto remite no sólo a los aspectos económicos, políticos e ideológicos del antagonismo, sino que además tiene la potencialidad de interrogar a los sujetos que intervienen en tanto identidad y formación de conciencia, más allá de esa esquemática correspondencia que la ortodoxia materialista le atribuye. Es decir que se abre el concepto de hegemonía para desanclarlo de la lectura predominante que lo refiere al ámbito exclusivo de lo político.

### **La dialéctica estructura-sujeto**

Es bastante largo el debate alrededor de los binomios “sujeto/estructura” – “idealismo/materialismo” en el pensamiento y la filosofía occidental. De ninguna manera el marxismo puede escapar a esta discusión y ya Engels en su carta a Bloch de 1890 escribía:

Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres (Engels, 1890).

Las condiciones políticas adquieren para Engels un papel relevante, aunque no decisivas; componiendo un panorama que se aleja de cualquier interpretación estrictamente mecanicista, en la cual caerán muchos marxismos posteriores. Siendo lo económico lo determinante, le suma lo político e ideológico que adquieren lugares destacados que se expresan a través de las prácticas de clase. Se compone así un cuadro relativamente más complejo, sin dejar nunca de ocupar las relaciones materiales el centro de la escena, aspecto que marca la diferencia con cualquier teoría medularmente subjetivista.

Pero Engels, inmediatamente agrega un componente mucho más incomprendido para las miradas más estructuralistas del materialismo dialéctico, como es el de la individualidad:

En segundo lugar, la historia se hace a sí misma de tal manera que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas volunta-

des individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante --el acontecimiento histórico--, que a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De este modo, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales --cada una de las cuales apetece aquello a que le impulsa su constitución física y una serie de circunstancias externas, que son, en última instancia, circunstancias económicas (o las suyas propias personales o las generales de la sociedad)-- no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean igual a cero. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella (Engels, 1890).

Esta segunda afirmación de Engels servirá para plantear un debate sumamente rico dentro del marxismo, a pesar de los fuertes ribetes de enfrentamiento que ha generado y sigue generando. Un debate absolutamente indispensable a la hora de comenzar a interpretar el proceso complejo de las relaciones de dominación. Es el que coloca al sujeto individual en el centro de la escena, generando aparentemente un problema conceptual al propio supuesto de la clase, entidad colectiva que subsumiría cualquier individualidad; pero dando la posibilidad de expandir la explicación alrededor de una multiplicidad de factores que intervienen en todo proceso de lucha de clases y dominación. Sobre esta carta de Engels es que se asienta en parte la apertura de este debate, al opinar sobre ella primero Althusser para luego ser retomada por E. P. Thompson como disparador para sus críticas y sus planteos alternativos de clase y sujeto.

Primero veamos el enfado de Thompson con el propio Engels al marcar el supuesto contrasentido de éste al querer conjugar la voluntad individual con el condicionamiento económico. Dirá el historiador inglés, “¿Cómo entonces se nos puede decir que ‘hacemos nuestra propia historia’ si en definitiva el movimiento económico se afirma como necesario?” (Thomson, 1981); para luego dictaminar que la supuesta solución de Engels solo termina por oscurecer más aquello que parecía ser una develación anti-estructuralista para caer finalmente en el determinismo colectivo más claro, borrando definitivamente al sujeto. Así dirá, “Al proponer una solución, Engels calladamente cambia los sujetos y subs-

tituye `nosotros hacemos´ por `la historia se hace a si misma´”(Thomson, 1981). Vemos como solo un par de palabras le sirven a Thompson para profundizar su crítica anti-estructural.

Igualmente lo más rico está sin dudas en el debate con Althusser, pues al marcar las diferencias con la mirada estructural, se posiciona nuevamente en su clásica definición de clase que se hace a sí misma en tanto sujetos que interactúan y que se construye en la lucha (*Formación de la clase obrera en Inglaterra*). Lo que le criticará precisamente a Althusser es el desprecio de éste por las voluntades humanas, cuando el marxista francés en *Pour Marx*, critica justamente a Engels por su preocupación poco diferenciada de la “ideología burguesa” (Althusser, 1968, p. 124). Para Althusser, según Thompson, la preocupación conjunta por la condición económica y la voluntad individual es inútil (“vana” dirá explícitamente)

porque Engels ha planteado un no-problema: si el ‘movimiento económico’ produce el resultado histórico, entonces deberíamos seguir con el análisis de las estructuras y desestimar las ‘voluntades individuales’. La idea misma de acción humana no es más que la ‘apariciencia de un problema para la ideología burguesa’ (Thompson, 1981, p. 145).

Paso seguido Thompson dejará claramente planteada su desavenencia con Althusser y aunque en *Formación de la clase obrera* (2012) casi desestima toda connotación estructural para la definición de la clase social, en *Miseria de la teoría* (1981) rescata a Engels a partir de la consideración de la ambivalencia humana en tanto sujeto y objeto, en tanto acción y estructura. Diferenciación y posicionamiento que considero crucial para entender toda la complejidad dialéctica de la lucha de clases y no seguir cayendo así en mecanicismos que además ponen el énfasis solo sobre fracciones particulares de las clases dominadas. Retomando explícitamente a Thompson, vale entonces la siguiente cita, oración que continúa la resaltada unos renglones más arriba.

Yo, por el contrario, considero que Engels ha planteado un problema crucial –el de la acción y el proceso– y que, pese a ciertas deficiencias, la tendencia general de su meditación es útil. Por lo menos no desestima la crucial ambivalencia de nuestra humana presencia en nuestra propia historia, en parte como sujetos y en parte como objetos, como agentes voluntarios de nuestras determinaciones involuntarias (Thompson, 1981, p. 145).

Estas reflexiones me dan pie para seguir con un poco más de detalle sobre la cuestión de la construcción y actuación de las subjetividades y la experiencia

tanto en la constitución de las identidades y conciencias como también, y al mismo tiempo (nunca después), en las estructuraciones de las relaciones sociales que dotan de cierto entramado a la existencia, alejándose así de toda interpretación exclusiva o mayoritariamente contingente y por lo tanto anecdótica. Es solo en este entramado de complejidad dialéctica como pueden entenderse las prácticas y relaciones de dominación y de construcción de hegemonía. Ya no podemos pensar la dominación como una simple imposición estructural de la/s clase/s dominante/s. La dominación no solo se afirma en condiciones estructurales sino que también, y de ninguna manera secundariamente, en complejas construcciones de significaciones, construcciones de identidades e intersubjetividades (vía la acción y el lenguaje<sup>1</sup>) y certificaciones socio-culturales que edifican consensos legitimantes.

### **Conciencia, subjetividad y experiencia**

La problemática del sujeto, entonces, se vuelve fundamental para dotar de toda su significación al estudio de los procesos de antagonismo social y dominación. Sujeto y objeto, subjetividad y estructura remiten a dimensiones que coexisten dialécticamente y que ninguno de los dos puede ser entendido sin el otro. Igualmente, antes de continuar resulta fundamental dejar asentado que a estos binomios, los entiendo y abordo en tanto expresión gráfica de un gradiente tensional de una sucesión dialéctica de variaciones combinadas con clivajes diferenciados hacia uno u otro sentido de la tensión; y nunca como condensación prístina de una polarización dicotómica - tal es el vicio del saber científico e intelectual dominantes-. Es decir, que debemos estar lejos de caer en una división dicotómica de la existencia a la cual solo se le estaría adosando la complejidad a partir de plantear la relación dialéctica; sino que en cambio, de lo que se trata es de entender la realidad a partir de la existencia de tracciones diferenciadas en la cuales se desarrolla tanto el accionar humano como las relaciones sociales. Estructura y subjetividad ni son dos realidades individualizadas ni tampoco un todo sistémico indiferenciado. Estructura y subjetividad se constituyen en un entramado dialéctico que mantiene en tensión permanente la acción humana y el proceso social. En todo antagonismo y dominación intervienen tanto el accionar humano y la subjetividad como las relaciones estructurales en diverso grado dependiendo del tiempo, el espacio y la conjunción de factores. La historia entendida solo a partir de “pro-hombres” es tan falaz como la sociedad entendida solo a partir de partes y mecanismos, así como la microsociología o microhistoria

<sup>1</sup> Un referente clásico para introducir la importancia del lenguaje en las relaciones intersubjetivas pensadas desde el marxismo ha sido, sin duda, Voloshinov (2009), tema que merecería por sí solo un tratado profundo y específico y que excede los objetivos concretos de este artículo, pero que sí es considerado clave para ampliar el desarrollo planteado.

cuando se desentienden de la trama de relaciones en la que se inserta el suceso en cuestión o los macroanálisis que consideran que las unidades son solo una repetición a menor escala de las reglas generales.

El concepto de hegemonía, que desarrollaré más abajo, es uno de los posibles nexos entre los puntos de tensión entre estructura y subjetividad así como entre relaciones materiales y proceso político-cultural. Es aquél que remite a lo ideológico (político-cultural) además de lo económico, en la interrelación que se da a la hora de la definición de voluntades de unos sobre los otros en la realidad atravesada por tensiones, contradicciones y coincidencias. Proceso que necesariamente involucra tanto el plano de lo material como el de las conciencias. Y es aquí que necesariamente debemos remitirnos a la noción de experiencia, en tanto sentir vivencial del sujeto que lo sitúa –con todas las potencialidades y limitaciones de su percepción subjetiva- en la urdimbre configuracional de las relaciones sociales. La experiencia representa precisamente una de las facetas del sujeto que lo conecta con la estructura. Como sabemos, fue Thompson quien introdujo la noción de experiencia en el análisis de las clases, entendiéndola como “la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento” (Thompson, 2012, p. 19). Y será el propio Thompson quien definirá los alcances de la noción de experiencia y es así como resultará útil a la reflexión sobre la lucha de clases evitando caer en nuevos reduccionismos, “la experiencia es válida y efectiva pero dentro de determinados límites; el campesino “conoce” sus estaciones, el marinero “conoce” sus mares, pero ambos pueden estar engañados en temas como la monarquía y la cosmología” (*ibidem*).

La noción de experiencia entonces nos ubica más claramente en la complejidad dialéctica del entramado de tensiones de la existencia. La experiencia no puede entenderse como una cualidad encapsulada del sujeto –o del grupo–, sino como la reflexión interactuante del sujeto que vive inserto en las relaciones sociales. Un sujeto que siendo parte de la sociedad (y en tanto parte integrante de relaciones en las cuales su presencia o ausencia no es equivalente) pero que al mismo tiempo puede decidir sus prácticas y tomar conciencia de ellas desde una autonomía relativa. Esto, sin embargo, para nada implica adherir a las lecturas que consideran al individuo como sinónimo del átomo libre, como el individualismo metodológico, apele o no al sostén de los “marcos”, que inspira toda la dominante producción del presente respecto a la acción colectiva y la protesta. Y esta interrelación nunca será armoniosa sino que está engarzada por una diversidad de contradicciones, antagonismos y correlaciones de fuerza características de toda sociedad de clases y que imprimirán necesariamente condiciones a las prácticas del sujeto autónomo; y que a su vez podrán ser apreciadas diferencialmente no solo por la condición de clase del sujeto sino, y en muchos casos por

sobre todo, por la conformación del acervo cultural y la jerarquía de valores de cada subjetividad, que si bien nunca serán totalmente autónomos de la condición de clase responderán también a otra serie de condicionamientos y contradicciones presentes en la sociedad. Al respecto Thompson, enfatizando esta mirada crítica sobre la supuesta autonomía, resalta en su ya visitado debate con Althusser las cualidades de la “experiencia humana” que hace retornar a los sujetos

como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos. Y esta experiencia no se instala o aparece mecánicamente sino que se referencia y elabora de manera permanente, dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura (otros dos términos excluidos por la práctica teórica) por las vías más complejas (vías, sí, “relativamente autónomas”), y actuando luego a su vez sobre su propia situación (a menudo, pero no siempre, a través de las estructuras de clase a ellos sobrevenidas) (Thompson, 1981, p. 253).

La experiencia entonces puede definir los hábitos y comportamientos de una clase o fracción de clase de acuerdo a la constelación de eventos y verdades temporales que caractericen un momento de la historia. La experiencia (y conciencia) de los trabajadores y explotados en el contexto de las revoluciones socialistas europeas (exitosas o fracasadas) de comienzos del siglo XX es claramente bien distinta a la experiencia de los trabajadores y explotados que viven bajo el mundo de significaciones construidas por la posmodernidad neoliberal. Las formas de la dominación y el antagonismo también son diferentes en varios sentidos configurando así interrelaciones diferentes con el proceso de gestar las conciencias y de experimentar la cotidianeidad así como la conflictividad.

La experiencia, y conciencia relacionada, se nos muestra entonces como una clara indicación de que estructura y sujeto nunca pueden ser entendidos como campos autónomos, como entidades independientes que solo tienen lazos absolutamente determinados, inmutables y específicos. Estructura y sujeto, o ser social y conciencia social como los definió Marx, debe entenderse como el entramado de las relaciones sociales en donde la dialéctica entra permanentemente en juego en un campo de tensiones entre la necesidad y la voluntad. La afirmación de Marx en sí misma pero mucho más su aislamiento semántico posterior en relación al argumento que sostiene que “el ser social es lo que determina la conciencia” ha generado, sin lugar a dudas, una avalancha de simplificaciones interpretativas en lo que Lukács llamaba el materialismo vulgar, reemplazando la dialéctica compleja de las relaciones sociales en solo una serie de funciones mecánicas de relaciones unidireccionales dando lugar así a todos los reduccionismos economicistas vigentes hasta el presente. Thompson, en su crítica a Althusser li-



gaba justamente la experiencia a la relación entre ser y conciencia social, aunque muy “thompsonianamente” desdeñando la conveniencia de esta dualidad:

Si optamos por emplear la idea -de dificultosa intelección- de que el ser social determina la conciencia social, ¿cómo debemos suponer que ocurre? Ciertamente, no deberemos suponer que a un lado está “el ser” como basta materialidad de la que ha sido separada toda idealidad, y que “la conciencia” (como idealidad abstracta) está al otro lado. Porque no es posible imaginar ningún tipo de ser social con independencia de sus conceptos organizadores y de sus expectativas, ni tampoco el ser social podría reproducirse a sí mismo ni siquiera un solo día sin pensamiento. Lo que se quiere decir es que dentro del ser social tienen lugar cambios que dan lugar a experiencia transformada: y esta experiencia es determinante, en el sentido en que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, plantea nuevas cuestiones y proporciona gran parte del material de base para los ejercicios intelectuales más elaborados (ibídem.).

Debemos hablar entonces de un diálogo entre ser social y conciencia social, un diálogo que va obviamente en ambos sentidos, por cuanto ni el ser social se constituye como una materia inerte ni la conciencia social representa un receptor pasivo de las disposiciones de la materia. Definirlo dialécticamente implica admitir que el mundo de la conciencia y del sujeto repercute necesariamente sobre el ser y la estructura. Bajo cualquiera de las formas que podamos concebir a la conciencia, ya sea como mito o conocimiento racional, como prácticas culturales no autoconscientes o como normas racionalmente establecidas o ideología articulada, ejerce siempre algún tipo de intervención sobre el ser. Al mismo tiempo que el ser -al no ser materia inerte- es vivido por los sujetos, es pensado y vivenciado, por cuanto los sujetos no solo viven a partir de sus experiencias psicológicas internas sino también a partir de las expectativas sociales con base en las imposiciones de las categorías conceptuales legitimadoras de las relaciones de dominación características del momento histórico. Como resultado de esta articulación dialéctica, se construye y reconstruye de forma permanente, vía los diversos procesos de reproducción social, tanto el ser como la conciencia generando un cuadro de situaciones complejas que refieren precisamente a la dinámica de la historia y de los procesos de dominación y hegemonía, en referencia a aquella metáfora “heraclitiana” respecto a que “nadie puede bañarse dos veces en el mismo río”.

### **La hegemonía como articulador estructura-sujeto en el antagonismo y la dominación social**

Hasta aquí nos queda planteada una tensión dialéctica estructura-sujeto.

De lo que se trata ahora es de tratar de dotar de contenido a esta tensión, para adentrarnos en la problemática del antagonismo y la dominación a partir de las prácticas de los sujetos y las clases intentando reflejar la lectura compleja, no reduccionista, esbozada más arriba.

Si seguimos reconociendo la vigencia de la categoría clase social y a la condición de clase como uno de los atributos de todo sujeto social individual, y entendemos a la clase de manera necesariamente ligada a la lucha de clases en tanto proceso en permanente sustentación (es decir, no como una simple definición clasificatoria de los estratos en los que se divide una sociedad ni como coalición que está siempre constituida), el antagonismo será un factor primordial a la hora de interpretar el proceso socio-histórico. Pero antagonismo en un plexo dinámico de lucha de clases debe aparecer siempre asociado con mecanismos de dominación, control social y socialización disciplinar. Y si a su vez reconocemos la complejidad dialéctica de la articulación estructura – sujeto, ya no podremos conformarnos con entender al antagonismo y la dominación en base exclusivamente a la contradicción fundamental entablada por el capital y el trabajo, sino que será necesario ir más allá de las determinaciones/condiciones económicas (sin jamás desconocerlas). El hombre<sup>2</sup>, en tanto ser social se constituye, sin lugar a dudas, a partir del trabajo, pero considerar que el ser humano es solo trabajo sería caer en una mirada altamente restrictiva, mucho más al considerar la capacidad humana única de poder recrearse a sí mismo de forma permanente, habilidad que excede largamente al trabajo. Esta condición, definida, por ejemplo, como “antropogénesis” (Avineri, 1968) nos lleva precisamente a poner en juego la tensión permanente estructura-sujeto y dotar a este último de la interacción indispensable como para no entenderlo como un simple átomo aislado.

Este proceso convierte al hombre en hombre, diferenciándolo de los animales y situándolo en la escala más alta de la habilidad para crear y cambiar las condiciones de la vida. El contenido de esta continua creación, dinámica y cambiante, proporciona el contenido del proceso histórico. Lo que no cambia y no se modifica es la creación histórica en tanto una antropogénesis constante, que deriva de la habilidad del hombre de crear objetos en los cuales realiza su subjetividad (Avineri, 1968).

El ser humano se dispone con todas sus cualidades de sujeto actuante que se hace a sí mismo y hace la historia. De lo que se deduce que la sociedad óptima ni es aquella en la que reina la competencia individualista bajo la mano invisible

<sup>2</sup> Hombre, según la RAE se define como “Ser animado racional, varón o mujer, -del lat. Homo-” <<https://dle.rae.es/hombre>>.

del mercado ni aquella otra en la que un régimen autocrático se erige como salvador de la supuesta igualdad; sino una sociedad en la que el hombre puede sentirse libre para actuar como un sujeto, en relación social, antes que para ser actuado como un predicado contingente (Galafassi, 2002). El pensamiento más dialéctico es el único que se permite pensar críticamente al trabajo entendiéndolo como esta capacidad del ser humano de hacerse a sí mismo, para diferenciarse de toda posición que entiende al trabajo en tanto cualidad mecánica como relación de fuerzas físicas. El trabajo es creación, razón por la cual el trabajo capitalista está en las antípodas de esta acepción, por cuanto configura sometimiento y alienación.

Hacer del trabajo el concepto supremo de la actividad humana es una ideología ascética. ¡Cuán armónica parece la sociedad bajo el aspecto de que todos, sin distinción de rango y patrimonio, “trabajen”! Mientras los socialistas mantengan este concepto general, se hacen sostenedores de la propaganda capitalista. En realidad, el “trabajo” del director de un trust, del pequeño empresario y del obrero no especializado, se distinguen entre sí no menos de lo que se distingue el poder de la pena y del hambre (Horkheimer, 1986).

Walter Benjamin, adelantándose varias décadas a lo que luego sería un tópico de discusión muy importante –y que el marxismo solo tuvo muy recientemente la capacidad marginal para incorporarlo a su análisis– sostenía respecto del énfasis marxista corriente sobre el trabajo indiferenciado que

reconoce únicamente los progresos del dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad. Ostenta ya los rasgos tecnocráticos que encontraremos más tarde en el fascismo... El trabajo, tal y como ahora se lo entiende, desemboca en la explotación de la naturaleza, que, con satisfacción ingenua, se opone a la explotación del proletariado. Comparadas con esta concepción positivista demuestran un sentido sorprendentemente sano las fantasías que tanta materia han dado para ridiculizar a un Fourier (Benjamin, 1973).

Más lapidariamente se constituye la referencia que recoge Martín Jay (1974) en su clásico estudio sobre los frankfurtianos, “Adorno, cuando hablé con él en Frankfurt en marzo de 1969, dijo que Marx quería convertir el mundo en su totalidad en un gigantesco taller”, mostrando quizás de una manera lascerante cierta tendencia del marxismo a reificar de tal modo al trabajo (mecánico) que cae indefectiblemente en una posición que no se diferencia lo suficiente de la concepción capitalista de trabajo, salvo en aquello de la “propiedad (nominal) de los medios de producción”. La lógica de la producción material imperante en los so-

cialismos reales nos muestra a las claras este problema. El trabajo en tanto proceso creativo es clave en la formación del ser humano pero de ninguna manera el ser humano se agota en el trabajo pues su creatividad se expresa en su capacidad de interpretación subjetiva al mismo tiempo que colectiva, en su diversidad de formas de expresión, en sus sentires, en sus procesos de construcción de significados, en su lenguaje que interpreta y expresa al mundo en el que se inserta y su lugar en él. Y también en sus diversas formas de identificarse a sí mismo en relación a los demás, lo que lo lleva a constituir diferentes colectivos sociales y culturales a partir de los cuales se inserta en las relaciones sociales.

Es así que el antagonismo entonces no puede ser entendido solo a partir de la contradicción capital-trabajo sino que es indispensable considerar la serie compleja y multidimensional de factores, relaciones y dispositivos constitutivos de las relaciones entre los hombres. De aquí que la lucha de clases no puede ser ya más entendida simplemente como la confrontación cuerpo a cuerpo sino como la lógica subyacente de toda conformación social escindida entre detentadores de medios y poder y desposeídos de los mismos, en base a relaciones de dominación y subalternidad (Galafassi, 2017). Dominación y subalternidad que se asientan en una serie diversa y compleja de contradicciones y en relaciones de coerción y consenso que producen y reproducen las condiciones que perpetúan la desigualdad y que generan alienación. Y, en forma concatenada en las sociedades contemporáneas, tienden a las representaciones unidimensionales de las prácticas sociales, licuando los opuestos bajo formas alternantes que aparecen en tanto matices de un mismo patrón de organización y significación<sup>3</sup>.

Es aquí donde vale retomar ciertas reflexiones de Althusser (1968) en un sentido diferente al distanciamiento hecho más arriba. Se trata de considerar su análisis respecto a la contradicción y la sobredeterminación desde una denota-

<sup>3</sup> Se me ha sugerido desde la evaluación el considerar similitudes y diferencias con la teoría de Bourdieu en relación a las nociones de experiencia y hegemonía, pero esta consideración resulta difícil por cuanto uno de los ejes del artículo es la lucha de clases vista en términos fuertemente dialécticos y distanciándose de todo economicismo y objetivismo parcializado (puesta, la lucha de clases, en discusión fuertemente en torno a su caracterización y no a su relevancia o pertinencia). Si bien Bourdieu plantea la necesidad de este alejamiento del economicismo, en un texto muy poco leído y citado *Espacio social y génesis de las clases*, de relación directa con la discusión de mi artículo, diferencia de manera poco dialéctica a la clase sobre el papel respecto de la clase real. A este respecto sí, vale destacar, aunque en desmedro de su propio escrito, que Bourdieu acertadamente critica también esta escisión en el marxismo, aunque para esta autor, tan de moda hasta hace unos años, el marxismo parecería un bloque homogéneo asentado en el economicismo, sin lamentablemente reconocer aquellas variantes (minoritarias como largamente ha sido expuesto a lo largo de mi texto) que se plantean el análisis de clases desde una perspectiva dialéctica. Es entonces que Bourdieu ve a las clases como agrupamientos y posiciones, en clara concordancia con las lecturas de Weber y Dahrendorf. De esta manera si bien en su eje estaría clara la noción de experiencia, esta está dissociada de la noción de hegemonía, la cual debe entenderse, para no vaciarla y licuarla, con una caracterización dialéctica de la lucha de clases para así también incluir necesariamente la experiencia como un componente fundamental de la actuación de los sujetos en los procesos de dominación, explotación, alienación, en síntesis en los procesos de lucha de clases entendida dialécticamente.

ción que quiebra la tradicional concepción monista, para permitir así complejizar el antagonismo al registrar una diversidad de contradicciones con orígenes diferentes, pudiendo atender así las especificidades y la diferencia, examinando las múltiples determinaciones para, de esta manera, poder dar cuenta de las particularidades en tiempo y espacio. Tomo de Althusser su referencia a la sobredeterminación en términos de la presencia de un conjunto de contradicciones que son las que definen el camino dialéctico del proceso socio-histórico. Que las contradicciones estén sobredeterminadas significa que confluyen circunstancias de diversa índole y dimensión en su especificación. Es así que la propia contradicción fundamental siempre estará especificada por las formas y las circunstancias históricas a partir de concebir a lo social como una totalidad compleja de economía, política, ideología y cultura; dimensiones y diferencias que a su vez pueden guardar cierta eficacia/autonomía relativa en la promoción de los antagonismos. Pero pensar la diferencia no implica adoptar el desplazamiento en boga que traslada el eje de la práctica al discurso, tal la tónica dominante en el deconstruccionismo, sino pensar la diferencia en consonancia con la unidad en términos de estructuras complejas de dominación y consenso, de manera que nos vemos necesitados de pensar la hegemonía.

Al mismo tiempo esto solo puede hacerse en consonancia con reconocer diversos niveles de abstracción, en el camino que va de lo abstracto a lo concreto. Es decir que será clave el proceso de pensar en pos de una articulación como reemplazo del esquema antinómico diferencia – unidad. Esta noción de articulación es lo que destaca Stuart Hall (2010) respecto de las ideas de Althusser sobre la contradicción y la sobredeterminación, en tanto mérito de poder pensar a partir de aquí la unidad y la diferencia de manera dialéctica, dado que si bien es cierto lo del continuo desplazamiento que diferencia la particularidad, al mismo tiempo no podemos negar los procesos de fijación a ejes de generalidad. De aquí la noción de articulación.

Pensar en estructuras complejas de dominación y pensar en articulación nos lleva también a retomar la cuestión de la correspondencia necesaria entre estructura y superestructura como una interpretación un tanto forzada y esclerosada. Raymond Williams ya había problematizado este forzamiento y más recientemente también el mencionado Hall lo retoma. Esto no implica, en absoluto, caer en la simpleza contemporánea que plantea que necesariamente no hay correspondencia, sino, por el contrario, y retomando la noción de articulación, se hace necesario comenzar a pensar la estructura compleja como la articulación dialéctica en donde la correspondencia no es mecánica, sino compleja y sobredeterminada. Es decir, que esto implica alejarse de todo determinismo entendiéndolo por ello un apego ineluctable y universal a leyes naturales que rigen la existencia (si fueran divinas tampoco cambiaría el carácter determinístico). Si en cambio tomamos determinación como la presencia que orienta y promueve el

proceso, sin que esto implique un resultado asegurado, entonces el carácter de predictibilidad logra un ethos claramente más complejo y adquiere así su carácter dialéctico. Toda postura por la indeterminación en cambio, solo recae en el supuesto azar de las teorías individualistas-interpretativas en las cuales todo queda supeditado a la voluntad y la capacidad innata de los sujetos en tanto “átomos libres y autónomos”.

En este entramado de unidad-diferencia, la hegemonía será entonces un pilar clave a la hora de pensar el antagonismo y la dominación de una manera complejamente dialéctica en pos de articular unidad y diferencia al mismo tiempo que estructura y sujeto. En Gramsci encontramos una aparente doble definición de hegemonía y de su categoría complementaria “dominación”. Por un lado nos plantea la supuesta vigencia del binomio dominación-hegemonía, en donde dominación se correspondería por un lado con sociedad política (Estado) y coerción, y en donde hegemonía, por otro lado, se correspondería con sociedad civil y consentimiento:

Es posible, por ahora, establecer dos grandes `planos´ superestructurales, el que se puede llamar de la `sociedad civil´, o sea del conjunto de organismos vulgarmente llamados `privados´, y el de la `sociedad política o Estado´ y que corresponden a la función de `hegemonía´ que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de `dominio directo´ o de mando que se expresa en el Estado y en gobierno (Gramsci, 1981c, p. 357)<sup>4</sup>.

Lo político y el sujeto se conforman colectivamente para imponer, ya sea por coerción o consenso, su verdad particular como verdad universal. La verdad privativa de algunos sujetos se transforma en la verdad estructural del universo social.

Pero, y sin para nada dejar de lado esto último, es más sobresaliente aquella mirada más compleja, en donde dominación y hegemonía son vistos como dos facetas del poder burgués, pero integrando como guías rectoras una serie continua de mecanismos de graduación y combinación entre ambos de manera que interviene colectivamente en las subjetividades para intentar hilvanar un proceso de legitimación del status quo del poder. Así entendida, la categoría hegemonía representaría una síntesis entre coerción y consentimiento.

El ejercicio normal de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza

<sup>4</sup> Cuaderno 12.

rebase demasiado al consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública, los cuales, con este fin, son multiplicados artificialmente (Gramsci, 1975, p. 135).

Hegemonía y dominación serán vistas entonces como dos caras que el poder hará suyas en pos de moldear fundamentalmente las relaciones culturales, políticas e ideológicas con el objetivo de perpetuar la supremacía de las clases dominantes y hacer que cada uno de los sujetos de las clases subalternas reproduzcan el axioma de unos pocos como legitimación genérica de todos. El consentimiento, como herramienta más compleja y que necesita de un trabajo fino y un entramado de construcción cultural, se contrapone en ocasiones pero se complementa en otras con la utilización del dominio y la fuerza directa. El objetivo en las sociedades contemporáneas es determinar reglas de juego favorables al capital y al poder y que estas reglas de juego no sean puestas en jaque, constituyendo así una sociedad unidimensional o de pensamiento único en donde la oposición se transforma solo en una frívola disquisición semántica, verdad cada día más confirmada en las actuales décadas post-1968/1969. Se construye así una acción hegemónica como una configuración compleja de prácticas políticas y culturales que es llevada adelante por las clases fundamentales ya sea de manera más o menos planificada o más bien de forma rizomática y que termina estando autogenerada por las determinaciones en última instancia de una sociedad dada. Instalan así un dominio tal sobre los grupos sociales subordinados que logran construir una voluntad colectiva de forma que transforma los intereses particulares de las fracciones dominantes en intereses universales de manera que evita cualquier forma de rebelión. “Las clases subalternas sufren la iniciativa de la clase dominante, incluso cuando se rebelan: están en estado de defensa alarmada. Por ello, cualquier brote de iniciativa autónoma es de inestimable valor” (Gramsci, 1981a, p. 27)<sup>5</sup>. Hegemonía hay que necesariamente entenderla como esta iniciativa de las clases dominantes y como uno de los puntos de articulación entre el mundo de la materia y la producción -en la cual se gestan mayoritaria, aunque nunca únicamente las clases sociales en el capitalismo- y la dimensión político-cultural en el que se construyen mayoritariamente los argumentos, discursos y legitimaciones de lo que serán consideradas como las relaciones sociales y los entramados simbólicos válidos.

Fue Maquiavelo, sin lugar a dudas, el intelectual preferido de Gramsci a la hora de ejemplificar la utilidad de estos conceptos. El considerado padre de la ciencia política moderna tuvo que enfrentarse al gran problema de la unificación

<sup>5</sup> Cuadernos 3.

temprana de los territorios feudales que luego terminaron conformando, bastante tardíamente, la actual república italiana. La cuestión del poder, el sometimiento a él, pero fundamentalmente la aceptación del poder en tanto dirección y guía fueron temas nodales de las preocupaciones del florentino. Por esto es que Gramsci tuvo en Maquiavelo a un claro exponente del problema de la hegemonía y la dominación. Y es tanto en *El Príncipe*, en donde debate sobre el poder concentrado y de fuerte autoridad, como en los Discursos sobre la *Primera década de Tito Livio*, donde problematiza el poder republicano, que se juega la contraposición-complementariedad del dominio y el consenso, hechos que Gramsci rescata en más de una oportunidad en sus *Cuadernos*. Vale destacar el sesgo fundamental de vinculación con el Estado, en lo que va a llamar la gran política<sup>6</sup>, a diferencia de la pequeña política en relación al cómo se construye y legitima la relación política en el ámbito de lo privado, de lo cotidiano, del día a día.

Maquiavelo estudia sólo las cuestiones de gran política: creación de nuevos Estados, conservación y defensa de las nuevas estructuras: cuestiones de dictadura y de hegemonía en gran escala, o sea en toda el área estatal. Russo, en los *Prolegomeni*, hace del Príncipe el tratado de la dictadura (momento de la autoridad y del individuo) y de los Discursos el de la hegemonía (momento de lo universal o de la libertad). Pero tampoco faltan en el Príncipe alusiones al momento de la hegemonía o del consenso junto al de la autoridad y de la fuerza: pero ciertamente la observación es justa. Igualmente es justa la observación de que no hay oposición de principio entre principado y república, sino se trata más bien de la hipótesis de los dos momentos de autoridad y universalidad (Gramsci, 1981b, p. 242)<sup>7</sup>.

El considerar al Príncipe y los Discursos como dos momentos de un mismo problema es para Gramsci tan importante como considerar la fuerza y el consenso como dos caras alternativas de las estrategias de poder.

aunque esto no sea muy exacto, si de Maquiavelo no se considera sólo el Príncipe sino también los Discursos, no sólo eso, sino que en él está contenido en embrión también el aspecto ético-político de la política

<sup>6</sup> “Gran política (alta política) – pequeña política (política del día por día, política parlamentaria, de corredor, de intriga). La gran política comprende las cuestiones vinculadas con la fundación de nuevos Estados, con la lucha para la destrucción, la defensa, la conservación de determinadas estructuras orgánicas económico-sociales. La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política.” (Gramsci, 1981, p. 20). Cuaderno 13.

<sup>7</sup> Cuaderno 8.



o la teoría de la hegemonía y del consenso, además del aspecto de la fuerza y de la economía (Gramsci, 1981c, p. 198)<sup>8</sup>.

A través de la dialéctica coerción-consenso se construye una determinada visión del mundo tanto en el ámbito de lo que el sardo llama la gran política como en la pequeña política haciendo justamente alusión a esta presencia constante y articulada entre la configuración colectiva y el desempeño privado, cotidiano y personal de los sujetos. Y esta relación dialéctica, además, nunca estará exenta de variaciones ni de contradicciones lo cual implica un proceso permanente de construcción y reconstrucción de sentidos, significados y legitimaciones, procesos en los cuales el lenguaje desempeña un papel destacado por cuanto nombra y por lo tanto destaca hechos y acciones, algunas en desmedro de otras. Es así que todo proceso de construcción de hegemonía implica un proceso de construcción y disputa intelectual y cultural en pos de las clases dominantes instalar una forma de entender el mundo que legitime su dominación. La definición de lo que es verdadero y aceptado en un determinado tiempo y espacio es una construcción sociopolítica e ideológica que se correlaciona dialécticamente con las relaciones sociales en su dimensión material, en lo que los hombres hacen para garantizar su desigual subsistencia. No podemos entender entonces la construcción de hegemonía sin considerar la función de la ideología. Entre muchos otros Althusser primero y Thernborn más recientemente argumentaron largamente sobre esto. Por su utilidad para esta argumentación apelaré entonces a sus dichos. La ideología:

consiste básicamente en la constitución y modelación de la forma en que los seres humanos viven sus vidas como actores conscientes y reflexivos en un mundo estructurado y significativo. La ideología funciona como un discurso que se dirige o –como dice Althusser- interpela a los seres humanos en cuanto sujetos (Thernborn, 1991, p. 13).

Lo de ser actores conscientes y reflexivos se podría relativizar y complejizar, y es aquí donde precisamente la construcción de hegemonía y su capacidad para convertir el interés particular en un interés universal entra en juego haciendo que lo que parezca consciente y reflexivo pueda no ser mucho más que un “acto reflejo” mediado socialmente a partir de un verdad aprehendida e incorporada acríticamente gracias a la repetición masiva de cierta argumentación y justificación del estado de cosas. El análisis de las “sociedades de masas” que floreció hace varias décadas atrás apuntaba en parte a estas situaciones (Reich, 1973; Curran *et. al.*, 1977; Moscovici, 1985) . En este sentido es que me parece retomar, del

<sup>8</sup> Cuaderno 10.

citado trabajo de Althusser sobre ideología y aparatos ideológicos, aquella conclusión que expresa luego de considerar el sistema de cuatro ejes en el que se desenvuelve la ideología para terminar generando conductas colectivas acordes y encuadradas en los cánones predefinidos, agregaría, hegemónicos. Decía entonces,

Resultado: tomados en este cuádruple sistema de interpelación como sujetos, de sujeción al Sujeto, de reconocimiento universal y de garantía absoluta, los sujetos “marchan”, “marchan solos” en la inmensa mayoría de los casos, con excepción de los “malos sujetos” que provocan la intervención ocasional de tal o cual destacamento del aparato (represivo) de Estado. Pero la inmensa mayoría de los (buenos) sujetos marchan bien “solos”, es decir con la ideología (cuyas formas concretas están realizadas en los aparatos ideológicos de Estado) (Althusser, 1974, p. 62).

Remarcando la correlación entre estructuras de poder y sujetos, es importante sin embargo destacar que hoy en día ya nos queda más que claro que los aparatos ideológicos exceden largamente la actuación del Estado y se multiplican ampliamente a lo largo de los diversos medios, más o menos masivos, de producción de sentidos y difusión de la información y de lo que es posible de ser entendido como válido o no. Todo acto de rebeldía entonces implicará siempre salir de esta trampa cultural-ideológica para comenzar a construir una contrahegemonía, lo que implica tanto una práctica como un lenguaje contrahegemónico.

Es tal como debemos entender a las relaciones humanas en su dialéctica material-simbólica, como procesos constantes de construcción de hegemonía (y de contrahegemonía) ética, política y cultural a partir de la amalgama constante que se genera desde la producción de ideología, motor de todo proceso de reproducción social. Al respecto, Thernborn nos vuelve a resultar valioso a partir de cómo explica las formas en que la ideología interpela a los sujetos. Las ideologías cualifican y someten a los sujetos:

diciéndoles, haciéndoles reconocer y relacionándolos con: 1. Lo que existe, y su corolario, lo que no existe; es decir, quiénes somos, qué es el mundo y cómo son la naturaleza, la sociedad, los hombres y las mujeres. Adquirimos de esta forma un sentido de identidad y nos hacemos conscientes de lo que es verdadero y cierto; con ello la visibilidad del mundo queda estructurada mediante la distribución de claros, sombras y oscuridades. 2. Lo que es bueno, correcto, justo, hermoso, atractivo, agradable, y todos sus contrarios. De esta forma se estructuran y normalizan nuestros deseos. 3. Lo que es posible e imposible;

con ello se modelan nuestro sentido de la mutabilidad de nuestro ser-en-el-mundo y las consecuencias del cambio, y se configuran nuestras esperanzas, ambiciones y temores (Therborn, 1991, p. 15).

Es importante en este punto diferenciar las complejas relaciones asentadas en los procesos de construcción social de hegemonía de cualquier otro concepto de miradas estrechas. Está claro que la hegemonía contiene y expresa lo cultural, lo político y lo ideológico, así como lo universal y lo particular, lo estructural y lo subjetivo. Es decir que la cultura en tanto proceso social en el cual los hombres definen y configuran sus vidas en base a valores e identidades -y mucho más la ideología entendida como un sistema articulado de significados que si bien constituyen la expresión de un determinado interés de clase pero que se expresa complejamente mediado y diverso-, puede imbricarse bajo el concepto de hegemonía. Entendiendo al mismo tiempo, como decía, que este proceso conlleva su contrario en pos de que los sujetos resistan la hegemonía dominante y puedan a cambio construir contrahegemonía de manera colectiva. Esto nos lleva necesariamente a apelar a la idea de totalidad sin la cual cualquier interpretación dialéctica de la realidad queda nadando en agua de borrajas. Y en esto fue claro Raymond Williams

Es precisamente en este reconocimiento de la totalidad del proceso donde el concepto de hegemonía va más allá que el concepto de ideología. Lo que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes (Williams, 2000, p. 130).

La diferencia la marca con aquellas concepciones más cerradas de ideología en tanto sistema de creencias y significados relativamente formal y articulado en tanto incluso puede ser abstraído linealmente como una “concepción universal –única-” o una “perspectiva de clase”. Más arriba me refería justamente a una noción de ideología que se presenta bien diferente, que se complementa y conjuga con la noción de hegemonía a la que nos estamos refiriendo y que engarza con la visión histórica de Williams.

Está más que claro entonces, que no podemos dejar de reconocer al proceso de construcción de hegemonía como el conjunto de significados, valores, lenguajes y creencias articuladas, formalizadas y no formalizadas que generan y propagan la/s clase/s dominante/s, no sin contradicciones. Es decir no puede entenderse nunca como un proceso monolítico sino por el contrario, como un proceso permeado por la interacción múltiple de identidades y sujetos en una trama de poder y que con base en el clivaje de clases logra mantener un rumbo

que debe consolidar y sostener de forma permanente debido a la lucha en la que se desenvuelven las relaciones sociales. Así la hegemonía implica también considerar las prácticas de las clases subalternas moldeadas por el ejercicio constante de la dominación a la que se ven sometidas. Hegemonía implica lucha, de lo contrario estaríamos hablando simplemente de guías rectoras y consentimiento libre. Roseberry, extremando este argumento lo ha puesto en palabras claras, que retomo aquí en tanto útil advertencia para evitar caer en cualquier interpretación y argumentación unilineal.

Propongo que usemos el concepto no para comprender el consentimiento sino para comprender la lucha; las maneras en que las palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones, instituciones y movimientos usados por las poblaciones subordinadas para hablar sobre, comprender, confrontar, acomodarse a o resistir su dominación, son modeladas por el proceso de dominación mismo. Lo que construye la hegemonía, entonces, no es una ideología compartida sino un material común y el marco significativo para vivir a través de, hablar sobre y actuar en órdenes sociales caracterizados por la dominación (Roseberry, 2002, p. 8).

### **A modo de cierre: la hegemonía como relaciones en la totalidad**

Está claro que la hegemonía no se reduce de ninguna manera a un ejercicio simple de dominación de una clase/s sobre otra/s. De tal manera, no podemos tampoco deducir la conciencia de forma rápida y corriente cual burda derivación de factores estructurales, cual “reflejo”. La hegemonía constituye, se constituye y se comprende en las propias relaciones de dominación y subordinación como totalidad que implica tanto las expresiones de la conciencia intelectualizada y explicitada como aquellas otras formas diseminadas a lo largo de toda la existencia de los humanos en una sociedad, y que se define habitualmente a modo de conciencia práctica. Esto implica, tal la interpretación de Williams, definir a la hegemonía

como una saturación efectiva del proceso de la vida en su totalidad, no solamente de la actividad política y económica, no solamente de la actividad social manifiesta, sino de toda la esencia de las identidades y las relaciones vividas a una profundidad tal que las presiones y límites de lo que puede ser considerado en última instancia un sistema cultural, político y económico nos dan la impresión a la mayoría de nosotros de ser las presiones y límites de la simple experiencia y del sentido común (Williams, 2000, p. 131).

Así, no podemos considerar a la hegemonía solamente como la expresión acabada de las formas de dominación, subordinación y adoctrinamiento que encarnadas en una ideología articulada sirven como estructura simbólica y cultural de sometimiento. Esto sería caer en una visión simplista y maniquea de las relaciones de poder y explotación social. Tal como lo entiende Gramsci, ampliamente clarificado por Williams, lo útil de la categoría de hegemonía es su capacidad justamente para articular aquello definido como la dimensión estructural con aquello otro definido como la dimensión superestructural (usadas aquí, estas categorías clásicas, por su practicidad gráfica a la hora de definir las homogeneidades relativas de la complejidad dialéctica de la existencia). Es por esto que no podemos considerar el plano de la hegemonía como una simple complejización de la ideología cuando a esta se la entiende de forma exclusiva como lo simbólico-cultural. Hablar y pensar en términos de hegemonía implica reconocer antes que nada a la totalidad de la vida y en ésta un conjunto de experiencias, acciones y hábitos privados junto a los significados, esperanzas y perspectivas tanto de las prácticas cotidianas como de aquellas otras que están más allá pero que configuran y definen a las primeras en tanto otorgan valores y legitimaciones.

La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores -fundamentales y constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen, confirmarse recíprocamente (*ibidem*, p. 131).

Es así precisamente como se otorga el sentido y la justificación a la vida de los diferentes sujetos inmersos en diferente situación de clase y de experiencia cotidiana. Esto configura un universo de posibilidades de acción que al mismo tiempo excluye otras, para de esta manera configurar un cuadro de prácticas que son consideradas posibles, apartarse de ellas significaría romper legitimidades tanto impuestas como auto-aceptadas y reconfiguradas.

Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada más allá de la cual la movilización de la mayoría de los miembros de la sociedad -en la mayor parte de las áreas de sus vidas- se torna sumamente difícil. Es decir que, en el sentido más firme, es una cultura, pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de clases particulares (*ibidem*, p. 132).

Ahora, es necesario desarrollar los últimos términos de Williams que en su formulación parecerían pasar un tanto desapercibidos por ser un comentario casi al pasar. Esta complejidad dialéctica de la hegemonía no constituye una constelación autónoma de autoreferencia, es decir una serie de prácticas que se autolegitiman y se autodefinen sin correlación alguna con la configuración desigual de los sujetos en tanto partícipes de condiciones que los emparentan en sectores sociales. El proceso de constitución y desarrollo de la hegemonía debe entenderse en un mundo de relaciones entre dominadores y subordinados; en un mundo donde las relaciones de explotación social guían el proceso de la sociedad. Explotación que en el mundo capitalista tiene un epicentro claro en la dimensión de la producción pero que se explica a partir de la complejidad presente en todos los ámbitos de la vida y la existencia. Es entonces que la hegemonía es compleja, pero también contradictoriamente construida en términos de sostener y legitimar la explotación social y la dominación – que siempre generará un proceso de resistencia-, proceso en el cual obviamente serán las clases que encarnen el rol de clase explotadora aquellas que echarán a andar - no sin idas y vueltas, ensayos y resistencias- las lógicas constitutivas del proceso de dominación y hegemonía, que como dije más arriba no dará descanso y deberá ser sustentado de manera permanente por la reacción contrahegemónica a la cual siempre se enfrenta. Pero además, la existencia misma de los sujetos y las fuerzas sociales van dando formas diversas y alternativas a esta hegemonía de tal manera que se configura una multiplicidad de caminos posibles en relación a cómo puede ejercerse la dominación. Es entonces que se hace necesario prestar atención a esta condición para entender la multidimensionalidad de los procesos de dominación que conlleva posibilidades diversas de actuación de los sujetos. Como se dijo, por hegemonía podemos incluir dos poderosos conceptos, el de “cultura” como “proceso social total” en que los hombres definen y configuran sus vidas, y el de “ideología”, en cualquiera de sus sentidos críticos y dialécticos, en la que un sistema de significados y valores constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase. Es por esto que el concepto de hegemonía tiene un alcance mayor que el concepto de cultura por su capacidad para relacionar el proceso social total con las distribuciones específicas del poder y la autoridad.

Es así que ya no podemos afirmar, tal como lo hacen las concepciones individualistas, que los hombres definen y configuran por completo sus vidas por cuanto en toda sociedad verdadera existen ciertas desigualdades específicas en los medios, y por lo tanto en la capacidad para realizar esta construcción de prácticas, identidades y de subjetividades. En una sociedad de clases existen básicamente desigualdades entre clases que se construyen a partir de un antagonismo medular. De aquí el necesario reconocimiento de la dominación, la subordinación y la resistencia como aspectos absolutamente relevantes y pertinentes al proceso social total y al proceso de construcción de subjetividades y de constitu-

ción de identidades. Esta consideración de la totalidad es lo que nos hace también superar la parcialidad que envuelve al concepto simple y corriente de ideología, así como de clase y de sujeto. Lo que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivido por los sujetos en la interacción dialéctica dominación-resistencia. Proceso organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes, que a su vez tendrá una expresión diferencial, pero de ninguna manera absoluta, entre las clases.

Se asume entonces la pertinencia, siempre mediada y reconfigurada, de la noción de perspectiva de clase, como la distinción del proceso social total de acuerdo a la particular adscripción por estructura de vida de los sujetos. De esta manera también queda desterrada la burda teoría del reflejo. La cultura como la política no pueden entenderse como la superestructura de los procesos económicos determinantes. La cultura y la ideología en tanto procesos dialécticamente integrados como proceso social total en la noción de hegemonía rompen con cualquier imagen especular y dicotómica entre estructura y superestructura dado que la dominación y la explotación social se expresan necesariamente de manera multidimensional, de lo contrario nunca podría sostenerse como tal. Por esta razón el maniqueísmo que muchas veces impregna las lecturas que hacen de la explotación y la lucha de clases su eje de análisis (articuladas en general alrededor de un “obrerismo” simplista que desconoce la multiplicidad de otros sujetos) poco favor le hacen a la interpretación de la complejidad dialéctica en la que se desenvuelve la vida en sociedad.

La categoría hegemonía entonces nos puede ayudar a leer la multidimensionalidad, pues en interrelación con los procesos materiales de producción y acumulación más las relaciones de antagonismo y sus consecuentes procesos de conflictividad asentados en múltiples contradicciones (Galafassi, 2017) van conformando un entramado que puede dar más cabalmente cuenta de los procesos de la totalidad social. Totalidad dialéctica (Kosik, 1967), que obviamente nunca puede ser abarcada como tal sino solo en muchos de sus procesos particulares, pero siempre debe guiar el análisis y marcar el derrotero de explicación.

### **Bibliografía**

- ALTHUSSER, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- ALTHUSSER, Louis. *Pour Marx*. Paris: Maspero, 1968.
- AVINERI, Shlomo. *The Social & Political Thought of Karl Marx*. Cambridge: Cambridge University Press, 1968
- BENJAMIN, Walter. *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1973.

- BOURDIEU, Pierre. Espacio social y genesis de las clases. In BOURDIEU, Pierre *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo, 1990, pp. 281-309.
- CURRAN, James, Michael GUREVITCH and Janet WOOLLACOTT **Mass communication and society**. London: Open University, 1977.
- F. Engels, Friedrich: Carta a José Bloch, En Königsberg. Londres, 1890 <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e21-9-90.htm>> (visitado el 20/7/2020).
- GALAFASSI, Guido. “La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad”, *Contribuciones desde Coatepec*, Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, Nueva época, año 1, nº 2, enero-junio 2002, pp. 4-20.
- GALAFASSI, Guido: “Conflictividad social, contradicción y complejidad: entre las clases y los movimientos sociales”. In GALAFASSI, Guido e PURICELLI (comp.) *Perspectivas críticas sobre la conflictividad social*. Buenos Aires: Extramuros Ediciones – GEACH – Theomai Libros, 2017, pp. 55-76, (disponible en: <<http://theomai.unq.edu.ar/GEACH/Index.htm>>).
- GRAMSCI, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. México: Juan Pablo Editor, 1975.
- GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo II. México: Ediciones Era, 1981a.
- GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo III México: Ediciones Era, 1981b.
- GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo IV México: Ediciones Era, 1981c.
- GRAMSCI, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Tomo V México: Ediciones Era, 1981d.
- HALL, Stuart. *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán, Envión Editores, 2010.
- HORKHEIMER, Max. *Ocaso (Dämmerung)*. Barcelona, Anthropos, 1986 (1934)
- JAY, Martín. *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Madrid, Taurus, 1974.
- KOSIK, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. México, Grijalbo, 1967.
- MOSCOVICI, Serge. *La era de las multitudes: Un tratado histórico de psicología de las masas*. México, FCE, 1985.
- REICH, Wilhem. *La psicología de masas del fascismo*. México, Roca, 1973 (1933)
- ROSEBERRY, William. *Hegemonía y el lenguaje de la contienda*. Lima, IEP, 2002.
- THERNBORN, Göran. *La ideología del poder y el poder de la ideología*. México, Siglo XXI, (1991).
- THOMPSON, Edward Philip. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Capital Swing, 2012 (1963).
- THOMPSON, Edward Phillip. *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981(1978)



VOLÓSHINOV, Valentín Nikólaievich. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, Godot, 2009 (1929).

WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 2000.

Recebido em 9 de julho de 2020

Aprovado em 8 de novembro de 2020